

## ENCUENTRO JUNTO A UN POZO

Era de tardecita. En las afueras de una ciudad en Mesopotamia había un pozo donde "*las hijas de los varones de la ciudad*" (Génesis 24:13) iban a sacar agua para las necesidades de su familia. Elizer, el siervo de Abraham, fue enviado en una misión muy importante. Tenía que encontrar una esposa para Isaac, hijo de su amo, dentro de sus familiares. No fue a un lugar de diversión, o a una playa, sino junto a un pozo. Estaba buscando a una joven trabajadora y diligente. La historia de cómo conoció a Rebecca es bien conocida por todos nosotros.

Otro encuentro importante tuvo lugar junto a un pozo. Jacob estaba huyendo porque había engañado a su hermano. Isaac, su padre, le aconsejó ir a Mesopotamia para buscar una esposa entre sus parientes, porque temía que iba a tomar una de las hijas de Canaán, al igual que su otro hijo Esaú. Junto a un pozo, Jacob conoció a una pastora muy bonita que más tarde se convirtió en su esposa.

Otra persona que también estaba huyendo conoció a su esposa junto a un pozo. Moisés había matado a un egipcio con el fin de defender a sus hermanos hebreos y se vio obligado a huir del país para poner a salvo su vida. Cuando llegó a la tierra de Madián, se sentó junto a un pozo y siete señoritas, las hijas del sacerdote de la región, llegaron a sacar agua. Una de ellas, Séfora, pasó a ser la esposa de Moisés. Un gran cambio tuvo lugar en la vida de Moisés después de este encuentro en el pozo; de heredero del trono de Egipto se convirtió en un pastor en las estepas de Madián.

Hay un punto de inflexión en la vida de cada persona. De un momento a otro, la situación que tenemos hoy en día puede cambiar. A veces, un acontecimiento feliz, otras veces uno trágico nos obliga a tomar una determinada decisión que conduce nuestra vida en una dirección completamente diferente. Ya sean alegres o traumáticas, estas experiencias son indispensables ya que nos llevan al conocimiento de nosotros mismos, al crecimiento y a la liberación.

Seguramente cada uno de nosotros tiene este tipo de monumentos conmemorativos en su vida y cuando miramos hacia atrás podemos entender que fueron experiencias muy necesarias y enriquecedoras.

Rebecca, Rachel y Séfora, estas tres jóvenes agraciadas iban todos los días al pozo para sacar agua y cumplir así con su deber hacia la familia. ¡Cuántos sueños y preguntas sobre su vida futura ocupaban sus pensamientos! ¿Habrían de encontrar al elegido de su corazón que cambiaría su vida completamente y las haría felices? ¿Cómo? ¿Dónde? ¿Cuándo? Y llegó el momento en que el milagro tuvo lugar, el importante encuentro que significó un gran cambio en sus vidas. No todas fueron rosas en su camino, pero todas las pruebas tenían un propósito, incluso aquellas que no vinieron de Dios, les enseñaron algo.

Pero hay un encuentro junto a un pozo que es más importante que todos estos juntos, porque el futuro Esposo es el mismo Dios en forma humana y el pacto de amor se mantendrá por la eternidad.

Era mediodía y el sol estaba en el cenit cuando Jesús, cansado y sediento, llegó al pozo en Samaria. Poco después de que se hubo sentado al borde del pozo, una

mujer samaritana fue a sacar agua. Conocemos la historia y sabemos por qué no iba al atardecer, junto con las otras mujeres de la aldea. Esta mujer no era una virgen que soñaba con encontrar al hombre de su vida para ser feliz con él. Había tenido una vida llena de sueños quebrantados y amargas decepciones. Su corazón estaba lleno de desconfianza y de una amable agresividad, que no era más que su defensa propia, cosa que se detectaba en sus palabras y en el tono de su voz. No se dio prisa para saciar la sed del extranjero, como lo hizo Rebecca cuando conoció a Elizer, pero habló de separación y prejuicio. Tú eres judío y yo samaritana. Su corazón estaba endurecido por el pecado y el rechazo y desprecio de la gente de la ciudad, por lo cual la apariencia de aquel hombre cansado y sediento no la movía a compasión.

No tenía nada que dar a los demás, ni siquiera agua, porque ella misma estaba seca. Su sed espiritual era mil veces más grave y dolorosa que la necesidad física de Jesús. Su alma anhelaba un poco de comprensión y de amor verdadero y ni siquiera era consciente de las necesidades de los demás y mucho menos podía ocuparse de ellas. ¡Sus necesidades eran tan grandes y nunca fueron satisfechas! Su vida le era una gran carga, y su deber diario la hacía sentir más cansada que el viaje que Jesús estaba realizando.

Jesús, el Médico del alma humana, entendía todo, y sabía todo, y con amor y misericordia le ofreció de inmediato lo que necesitaba: agua viva. Se olvidó de su propia sed, o tal vez eso fue sólo una excusa para entrar en conversación con ella. La mujer nunca había oído que había tal cosa como agua viva y encontró todavía otro tema de controversia. Él no tenía un balde para sacar el agua. ¿Cómo podía ofrecerle a ella esa agua? ¿Era él mayor que Jacob, que habían cavado ese pozo? Jesús le explicó cuál era la calidad del agua que estaba dispuesto a darle.

Ella nunca más tendría que caminar hasta el pozo, en el calor del mediodía, sino que ella misma sería una fuente de agua que nunca se secaría. Aunque la mujer no podía entender bien esa forma de expresarse, no podía rechazar esa oferta y respondió: "*Señor, dame esa agua*" Juan 4:15. Pero Jesús no le ofrecía un vaso o una botella de agua, ni siquiera un cubo, sino un manantial de agua viva "*que salte para vida eterna*" Juan 4:14. Había que cavar profundamente, porque como dice David en su Salmo 51:6: "*He aquí, tú amas la verdad en lo íntimo*" Salmo 51:6. Entonces Jesús tocó otro tema, su vida privada y lo hizo en una forma muy discreta. "*Ve, llama a tu marido, y ven acá. Respondió la mujer y dijo: No tengo marido. Jesús le dijo: Bien has dicho, No tengo marido, porque cinco maridos has tenido y el que ahora tienes no es tu marido: esto has dicho con verdad*" Juan 4:16-18. Jesús no esperaba ninguna confesión pública o un profundo arrepentimiento, sino sólo que ella pudiese reconocerlo como el Mesías, el Redentor del Mundo, algo que los judíos no había podido hacer en tres años que había estado sirviéndoles.

La mujer se sorprendió, "*Señor, me parece que tú eres profeta*" Juan 4:19. La percepción es un atributo subjetivo bastante desarrollado en la mayoría de las mujeres. Los profetas sabían todo de antemano y por lo general no traían buenas noticias.

Pero ella no permitiría que ese extranjero se inmiscuyera en su vida privada. No tenía derecho a hacer eso. Ella simplemente podía cambiar el giro de la conversación y hablar de otra cosa, por ejemplo: de religión. Seguramente nunca iba al

templo donde los creyentes se reunían para adorar a Dios. Era la oveja negra de la ciudad, pero esta cuestión era una buena excusa para distraer la atención del profeta, de su vida privada.

¿Dónde deben adorar los creyentes, en las montañas de Samaria o en Jerusalén? - le preguntó. Sus pensamientos se movían en el mundo físico, no podía ver más allá de lo que estaba ante sus ojos; la introspección era desconocida para ella. Quería saber dónde, no cómo. ¿Dónde está tu cubo? ¿Dónde está el verdadero templo? Pero Jesús quería conducirla a mirar más profundo. ¿Cómo está tu corazón? ¿Cómo es necesario que la gente adore?

*"Mas la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad: porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren"* - dijo Jesús. (Juan 4:23). Esta elevada estimación de la adoración que ella no podía entender, le recordó algo: *"Sé que ha de venir el Mesías, llamado el Cristo: cuando él venga nos declarará todas las cosas"* Juan 4:25. Poco a poco, pero seguramente, el mayor misionero de todos los tiempos estaba alcanzado su meta. Eso era suficiente. Él había conducido a la mujer a echar una breve mirada a sí misma y luego a concentrar toda su atención en Él y lo que Él podía darle. Los discípulos regresaron. Ellos se aferraban a la letra de las Escrituras y no podían entender por qué Jesús estaba hablando con una mujer. La importante conversación fue interrumpida y la mujer fue a la ciudad para predicar la buena noticia y dejó su cántaro en el pozo. ¿Qué sentido tenía ahora el agua que había sacado? ¡Había encontrado algo mucho mejor! Ahora podía hablar con otros sobre el agua viva. Ella misma se estaba ya convirtiendo en una fuente, a pesar de que todavía tenía un largo camino por delante. No había comprendido todavía el evangelio, el poder de Dios que salva a los que creen en Él, pero en el fondo de su alma sabía que Jesús era la solución a todos sus problemas y el anhelo de su alma.

El desconocido en el pozo fue reconocido primeramente como un profeta, a continuación, como el Mesías, y al final de la historia como el Redentor del mundo. Cuatro mujeres en diferentes épocas de la historia tuvieron un encuentro especial junto a un pozo, que cambió su vida, ¿exterior o interiormente? Eso es realmente lo que cuenta.

El Señor se encuentra todavía en el pozo. Él tiene sed de tu alma. Él, el Redentor del mundo dice, *"A todos los sedientos: Venid a las aguas, y los que no tienen dinero, venid... inclinad vuestro oído, y venid a mí; oíd, y vivirá vuestra alma; y haré con vosotros pacto eterno"* Isaías 55:1-3.

¡VEN! Nunca nadie se ha arrepentido de haber aceptado su invitación.

Teresa Corti